

m O r P H I n e

NANA PARA EMMY HENNING



una Producción De
LUZ ARCAS | LA PHÁRMACO



en coproducción con
TEATRO DE LA ABADÍA, MADRID





Morphine es un rito de paso, una ceremonia de tránsito al otro lado: sueño, muerte, locura, fantasía, ebriedad. Todo aquello que se teje en paralelo a la realidad común y que, creo, es el origen y motor antropológico de la danza: ensanchar el espacio y el tiempo, cuestionar sus límites. Bailar para conectar con fuerzas invisibles, luminosas y oscuras, provocar y sostener el trance, generar acontecimientos, lanzar ofrendas, peticiones.

La lectura de Emmy Hennings ha sido fundamental para encarnar una poética que se mueve entre la oración y el sacrilegio, la devoción y la iconoclastia, la revelación mística y la adicción.

En la obra conviven elementos rituales de Andalucía –incensarios de Loja, campanilleros de Archidona–, referencias de la cultura religiosa popular mediterránea (Santa Águeda, patrona de Catania y Sicilia), con elementos de mi biografía y memoria familiar (la mesa en la que mi tío bisabuelo hacía espiritismo para comunicarse con su mujer muerta).

En el baile, desarrollo el concepto de *cuerpo último*: energías fuera de sí, que extraigo de los textos de la espiritista histórica Agustina González y que me conduce por las dinámicas del trance y animismo en la cultura cristiana marginal, doméstica y anarquista ✚







Cuerpo último

El *cuerpo último* se vacía, atiende y espera. Se deja atravesar por inercias extranjeras, potencias extraviadas, energías que desconoce. Presta su carne a ráfagas que quieren existir. Es pasivo, solo capta. Es en lo otro, como la luz.



El *cuerpo último* no comprende el tiempo ni el espacio. Está situado en medio de un infinito condensando, siempre en movimiento. El *cuerpo último* es el ojo del huracán. No hay nostalgia, porque no existe el pasado. Tampoco euforia, porque se ha difuminado el presente, y la ambición y la esperanza desaparecen junto al futuro.

El *cuerpo último* percibe con la melancolía de los desencarnados, ese ruido sordo que sostiene el mundo, por debajo de nuestras fuertes pisadas, de nuestros febriles deseos. El *cuerpo último* es toda la muerte de la que es capaz mi cuerpo.



Desencarnación. Animismo. Trance.





Trance: habitar físicamente el *otro lado*, poner el cuerpo a disposición de esa intensidad espacio temporal, vacío ultrasensible repleto de todo lo que no está y que podría ser. El *cuerpo último* se empuja al otro lado, se lanza fuera de sí. El *cuerpo último* es temperatura.



Pulsión de muerte. Disolución. Éxtasis.



En el *otro lado* las leyes son imprevisibles, sorprendentes, como en un sueño o alucinación: laberinto psíquico. Se confunden forma y sentimiento, color con experiencia, contexto y emoción.



El *cuerpo último* es inasible, una fantasía, está hecho de espejismos. Es un pensamiento viajando de mente en mente a través de los siglos.



El *cuerpo último* es decreación, y por lo tanto, vulnerable, efímero, impúdico.



Le alzó las faldas
para tocar el misterio,
pero el misterio
dejó unas plumitas
y alzó el vuelo.

ISABEL ESCUDERO

Solo. Soleá. Hay una disciplina de la danza, de origen budista, que intenta bailar de verdad, estando quieto. No es el quietismo de Miguel de Molinos, pero tiene que ver. El mundo se mueve y cuando nos movemos vamos a caballo del mundo. Si una mariposa y la flor en la que se posa se mueven a la vez no apreciamos ese movimiento, es como si estuviesen quietas. Entonces, verdaderamente, bailar sería escapar a esa sincronía que nos impone el mundo. Y ahora me refiero no sólo al giro del planeta Tierra sino al mundo en que vivimos, sus progresos, sus trenes y cohetes, el mundo moderno. A ese ejercicio sintoísta se le conoce como bailar solo. Lo que Luz Arcas, bailarina/bailaora, hace aquí es un solo, no sólo una modalidad de la danza, un solo en ese intento de que sus movimientos se sustraigan al vértigo del mundo moderno. Ese baile último, medular, que apenas agita la figura, que se concentra hacía adentro, se tensiona, vuelve los órganos del revés, arca la planta de los pies y tuerce la palma de la mano todo para escapar del centrifugado de la tierra. Hay algo

de manifiesto. Lo que la bailarina baila lo desbaila la bailaora. Algo de decir: así bailo, así no bailo.

A principios de siglo, Inés Bacán, cantaora gitana de la Lebrija más flamenca, adaptó este poema, *Morphyne* de Emmy Hennings, la performer dadaísta que fundó el Cabaret Voltaire, cuna del dadaísmo. Nunca se entendió bien la propuesta de Hennings y de su compañero Hugo Ball. No se trataba tanto de refrendar el fin del lenguaje que suponía para toda Europa la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, sino, más bien, de empezar a construir un lenguaje nuevo que ya, desde mucho antes de la guerra, todos daban por perdido. En ese espíritu, Bacán entró en contacto, o casi, con los espíritus que todavía sobrevolaban las callejuelas del Zurich neutral en tiempos de guerra. Inés, deletreó cada palabra de la traducción inicial que, desde el inglés, hiciera Beatriz Herráez, y le dio expresiones y palabras que, hay que recordarlo, ella no entendía del todo. Pero se trataba de eso. ¿Cómo decir tan bien lo que no se sabe? Tampoco la Hennings sabía lo que escribía, sino que, más bien, dejaba que a través de su cuerpo se manifestaran otros espíritus. La música que le dio su hermano Pedro Bacán para la nana, espíritu de soleá, se poseía ahora de otra temperatura, capaz de hablar lo que dicen las ciudades



a principios del siglo XXI. Ese espíritu espiritista, valga la redundancia, era un cauce importante para Luz Arcas, un vehículo que primero se apoderó de su cuerpo y del que se ha ido despojando hasta quedarse verdaderamente sola. Soleá sola.

Esta *Morphine* es una pieza de interrogaciones, de palabras mudas que hablan. No se asevera nada, no se representa, simplemente se bucea en un mundo en el que los muertos no están muertos. La inteligencia corporal de Luz Arcas se manifiesta ahí. No habla. No bailotea. No dice nada. Sencillamente hace. Todo presencia. Da testimonio porque ha estado allí, como el Dante al volver del infierno en su Comedia. ¡La destrucción es mi Beatrice! Ojalá cuando el mundo se derrumbe lo haga con esta belleza. Gracias a las luces de Jorge Colomer y al sonido de Xabier Erkizia, asombrosos los dos, pensamos que Luz baila. Pero no baila, desbaila, decía José Bergamín: baila porque desbaila. Muero porque no muero. Sí, a veces hay que contener la respiración.

Y hay violencia, fuego, en este choque de fuerzas entre lo que baila y lo que no baila. De esa fricción nace este discurso mudo que no deja de hablar en ningún momento. Así, las formas que toma el cuerpo de Luz Arcas en su baile -olvidémonos absolutamente de la

danza-, ¿no son palabras? También es protagonista una mesa, un objeto real, misterioso y familiar a la vez, procedente de sesiones espiritistas del siglo XIX. También podríamos hablar de Agustina González López, la zapatera prodigiosa, libertaria y espiritista que murió asesinada como Federico García Lorca. También podría hablar de las lejanas tierras de Armenia, de los incensarios de Loja, de cómo Emmy Hennings abandonó el cabaret para vivir en meditación y ofrenda a la Virgen María, tras las paredes de un convento. Aquí todo está dado con la medida del tiempo y del espacio. No hay informaciones, ni anécdotas, ni sucedidos históricos. No hay comunicación, nada que decir: ¡ahí se transmite! Sobre lo que no se puede hablar, lo mejor es callarse. Esto no es no-danza, sino no-baile. Inés Bacán se lo dijo: «hay que bailar desde ahí, desde el *bujero*». Y se refería al agujero, al lugar hueco, al vacío único en el que el baile no baila. Baile contemporáneo, flamenco e invocación ocultista se unen en el mismo gesto. Es algo muy físico, como cuando una botella te hace el vacío pegada sobre tu cuerpo, una ampolla que te hace sentir la nada en el vientre. La palabra inglesa «unncany» es mucho más gráfica que nuestro «siniestro» castellano. La obra se abre como se abre una boca: ¡soplo! ¡convulsión! ¡tiembla el aire!

PEDRO G. ROMERO









Dirección escénica,
coreografía, objetos e
interpretación

Luz Arcas



Diseño de iluminación
Jorge Colomer



Dirección de producción
Alex Foulkes



Dramaturgia
Pedro G. Romero



Coordinación de producción
Alberto Núñez



Sonido directo
Xabier Erkizia



Vestuario
Blas López



Producción
Luz Arcas | La Fármaco
Teatro de La Abadía



Acompañamiento
Natividad Martín



Redes Sociales y
diseño de comunicación
Pedro Mora



Distribución internacional
Katalina (Katelijne) Meeusen



Foto y vídeo
Virginia Rota
Alejandra Amere



Diseño gráfico
María Peinado



Tour Manager
Fernando Jariego





Luz Arcas | La Phármaco

Luz Arcas (Premio Nacional de Danza 2024) es bailarina, coreógrafa y directora de escena. Funda la compañía La Phármaco en 2009.

Sus últimas creaciones son *Tierras raras* (2025), estrenada en el festival Madrid en danza (Teatros del Canal) en coproducción con el Mercat de les Flors (Barcelona) y Ma-scène nationale Pays de Montbéliard (Francia), y *Morphine. Nana para Emmy Hennings*, de la que mostraron algunos fragmentos en formato performances en el Museo Reina Sofía de Madrid, la galería Kadist de París o el Bozar de Bruselas, y que se estrena en el Teatro de la Abadía de Madrid en enero de 2026.

Actualmente trabaja en la creación de la pieza *Masa* para la Compañía Nacional de Danza (España), que se estrenará en mayo de 2026 en Matadero (Madrid).

Recoge sus anteriores trabajos en dos proyectos: *Bekristen/ Tríptico de la prosperidad* (2019-2023), formado por las piezas *La domesticación*,

Somos la guerra y *La buena obra*, coproducido por el Festival de Otoño, el Centro de Cultura Contemporánea Condadoque, Teatros del Canal de Madrid, el Teatro Central de Sevilla y el Centro de Creación Contemporánea Graner de Barcelona, y el *Ciclo de los milagros* (2020-2022), formado por las piezas *Toná*, *Trilla* y *Mariana*, esta última coproducida por la Bienal de Flamenco de Sevilla, Teatros del Canal de Madrid y Ma-scène nationale Pays de Montbéliard.

Ha coreografiado para el Víctor Ullate Ballet (2018), para la Compañía Nacional de Danza de El Salvador (2019 y 2021) y para el IPCNA de Perú (2021). Ha coreografiado la ópera *Rigoletto* (2023), dirigida por Miguel del Arco, producida por el Teatro Real de Madrid, la Ópera de Tel Aviv, la ABAO Bilbao Ópera y el Teatro de la Maestranza de Sevilla. Ha dirigido y coreografiado la obra *Bordo Poniente*, producida por la Universidad y la FIL de Guadalajara, la UNAM y la DAJU de Ciudad de México (México, 2024).

Como directora escénica ha creado *Todas las santas* (2022), en colaboración con las actrices salvadoreñas Egly Larreynaga y Alicia Chong, coproducida por el FIT de Cádiz, y *Psicosis 4.48* (2023), coproducida por el Teatro Español de Madrid, por la que la

protagonista, Natalia Huarte, recibió el Premio Max a la Mejor Interpretación Femenina (2024).

Ha realizado proyectos artísticos en India (Nueva Delhi, National School of Drama 2015), y en Guinea Ecuatorial (Malabo, 2015- 2016).

Es autora del libro *Pensé que bailar me salvaría* (Contintametienes, 2022), del que ha editado una segunda edición.

Luz Arcas ha sido también galardonada con el II Premio Godot 2023 a mejor obra de danza por *Mariana*, y ha sido finalista a Mejor intérprete femenina de danza en los premios Talía en 2023. Fue finalista en los Premios Max en varias categorías con *Somos la guerra* en 2022, y a Mejor intérprete de danza con *Kaspar Hauser. El huérfano de Europa* en 2017. Ha recibido el premio El Ojo Crítico de Danza 2015 y Mejor intérprete de danza en Premios Lorca ese mismo año. Es Premio Injuve 2009 y Málaga Crea 2009.





con LA COLABORACIÓN De

La Madraza, Granada

La Aceitera, Bollullos de la Mitación, Sevilla

A Casa Vella, Amiadoso, Ourense

y Hort Art-Faura, C. Valenciana

Contacto

-

Dirección artística

Luz Arcas

lapharmaco@gmail.com

+34 639 577 053

Producción y coordinación

Alex Foulkes

coordinacion.lapharmaco@gmail.com

+34 658 936 146

-

lapharmaco.com

